Globethics Repository



Recontando la pesca [Recounting fishing]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Iniesta, Alberto
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-15 23:36:45
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/223222

RECONTANDO LA PESCA

Por ALBERTO INIESTA

CRITERIOS PARA LA APLICACION DEL MENSAJE PAPAL EN UN PROYECTO DE FUTURO PARA LA IGLESIA ESPAÑOLA

La táctica del avestruz es muy antigua y además muy moderna. También dice un refrán que «ojos que no ven, corazón que no siente». Más duro aún, Unamuno acusaba en sus tiempos a la vieja Castilla, que «envuelta en sus harapos, desprecia cuanto ignora». No sé yo si algo así ha ocurrido a una parte de Iglesia en la Iglesia española: ante la ambigüedad de planteamientos, mejor pasar, *passar de Papa*, y allá se las apañen los del tinglado de la farsa y la estructura.

Y dudo mucho que esa postura sea ni justa ni realista ni rentable. No es justa, por maniquea; no es realista, por ignorar frecuentemente los sentimientos populares; no es rentable, porque con ello se contribuye a dejar el campo libre para los absorbentes y manipuladores, que así trabajan más tranquilos y a sus anchas. Creo que si esas partes de la Iglesia que se desengancharon se hubieran hecho más presentes, al preparar y al celebrar el viaje, con todos los matices y el talante crítico que hubiera sido necesario, algunos huecos se habrían rellenado y algunas omisiones se hubieran completado: parroquias periféricas, comunidades de base, consejos parroquiales, curas en las fábricas y religiosas en barrios obreros, etc.

No nos quejemos: nos abrieron las puertas, nos señalaron huecos en esas reuniones preparatorias, pidieron sugerencias. Pero aunque no; aunque hubieran prescindido o hasta hubieran impedido colaborar, teníamos que haber llamado, gritado, ofrecido una y otra vez, machaconamente, nuestros puntos de vista, problemas, perspectivas, interro-

gantes y esperanzas. No se hubiera logrado, por supuesto, el ideal de algunos idealistas, pero aun así no hubiera sido en vano tal esfuerzo, ni mucho menos.

¿Repetiremos el error después del viaje? ¿Cerraremos los ojos voluntaria y voluntaristamente ante hecho importante que de hecho ha sucedido en nuestra Iglesia? ¿Nos negaremos a un análisis real y serio, para descubrir el grano y aventar la paja? ¿Dejaremos otra vez el campo eclesial a quienes querrían canalizar las aguas recogidas en vez de hacia adelante, hacia atrás...? Los pescadores y los apóstoles clasifican la pesca después de la faena: ni todo es comestible, ni todo pesa igual, ni todo vale el mismo precio. Este número de IGLESIA VIVA y este artículo quieren colaborar modestamente a discernir un hecho histórico que es también una semilla de esperanza, pero que exige nuestro esfuerzo de agricultores en la viña del Señor.

RESITUAR AL PAPA

Dentro de la gran complejidad de elementos que han entrado en juego en este inmenso *carroussel* eclesial de la visita, parece obvio recordar, sin embargo, que la figura y el eje central ha sido el Papa. No sólo Juan Pablo II en concreto, aunque su gran personalidad influya con su estilo, sino el Papado mismo, la figura del Romano Pontífice ha sido el catalizador de inmensas asambleas en su entorno. No vamos a explicar aquí cuál es el «rol» del Papa: no es el punto de mira de este artículo en el conjunto de la revista. Tampoco queremos corregir o cambiar el puesto del Papa en la Iglesia. Pero sí recordar unas actitudes pastorales a tener en cuenta como punto de partida para una explicación y aplicación del viaje entre nosotros, además de recordar la perspectiva histórica, cultural y coyuntural desde la que se le pueda mirar y escuchar.

Porque hay ciertos «tabúes» en la Iglesia Católica –no sé en las otras; supongo que también, pero hablo de la nuestra, que los tiene específicos– cuya sola alusión ya pone en guardia y eriza los cabellos ante un peligro herético o cismático, acaso eco ancestral, sentimiento arquetípico y colectivo de defensa como recuerdo de largas y antiguas polémicas. Uno de esos «tabúes» es la figura del Papa. En teoría, se

sabe muy bien por los concilios y por el magisterio ordinario qué es y qué no es el Papa; su poder de magisterio extraordinario e infalible y su poder de magisterio ordinario y falible; su carisma específico y exclusivo de ser el continuador de Pedro, y su papel eminente pero no exclusivo de ser el representante de Cristo en la tierra; su poder pastoral de derecho sobre todas las Iglesias del orbe, y su poder actual y habitual sobre la diócesis de Roma o, coyunturalmente, sobre aquellas a las que debe aportar una atención especial de estímulo o corrección fraterna, etc.

Todo esto, en teoría. Pero basta que sobre una actuación pontificia concreta y actual –un discurso, una encíclica, una decisión importante y pública– se quiera aplicar esta falsilla para hacer un discernimiento cristiano y una evaluación responsable, para que se pongan en guardia los radares de la sospecha y se reciba con reticencias, tomándolo como un ataque contra el Papa o contra el Papado. Lo curioso es que esto ya no ocurre respecto al juicio histórico de hechos pasados, y se habla con libertad y claridad que no excluye la caridad en lo más mínimo acerca de los papas de la Edad Media o del Renacimiento, e inclusive de papas anteriores pero cercanos, de Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI, evaluando su doctrina, sus decisiones, su orientación, etc., juzgando sus aciertos, sus desaciertos y sus límites. Sobre el Papa reinante, en cambio, parece lo correcto un silencio obsequioso como mínimo o, preferiblemente, el aplauso oficial y caluroso, aunque por dentro quede algún interrogante.

Esta actitud no es saludable en sí misma ni signo de madurez cristiana. El amor al Papa no puede estar bien enfocado si es a costa de desenfocar su figura, de absolutizarla o siquiera de hipertrofiarla en la Iglesia. Su papel es ya tan importante y tan fundamental, bien entendido, que no necesita de postizos, de infantilismos ni de triunfalismos que le desfiguran a él y descalifican a la Iglesia a los ojos de los no creyentes. Porque no podemos ignorar el contexto social y la coyuntura histórica en que vivimos y anunciamos el Evangelio, para no deformarlo voluntariamente por nuestra parte e inevitablemente por la interpretación de parte de los no cristianos o no católicos. Es aquí donde no solamente hay que situar, sino re-situar la figura del Papa en la comunidad. No podemos ignorar las quejas justas de la sociedad española contra algunas actuaciones pasadas de la Iglesia durante el nacional-catolicismo, así como los tópicos injustos actualmente pero que en parte se explican por el pasado y que de todos modos hay que tener en cuenta, precisamente para ayudar a reformar la imagen defor-

mada que tienen de la Iglesia. En concreto, respecto del Papa no podemos honestamente dar pie con nuestra conducta práctica a que piensen que más que respeto tenemos servilismo; que nuestra fe nos impide razonar, y que más que adorar a Cristo parece que adoramos al Papa.

Debemos ayudar a nuestro pueblo cristiano a matizar, a evaluar, a sopesar, a conocer la proporción armoniosa del edificio de la Iglesia y el papel de cada parte y cada piedra en ella, donde todos somos importantes, todos necesarios, todos corresponsables, todos habitados por el Espíritu, todos miembros de Cristo e hijos del Padre. El Papa es un hermano que, como Pedro, tiene sobre el rebaño no sólo la suprema y la última palabra, sino también una gracia especial, un don de Cristo a la comunidad para mantenerla unida en el amor, especialmente por su actividad sobre el colegio episcopal, representante a su vez de todas las iglesias locales de la Iglesia. Debemos simultáneamente cultivar en nuestro pueblo esta mirada lúcida sobre el papel del Papa, sus límites humanos, límites eclesiales, y también su importancia, su grandeza, la verdadera fuerza de su ministerio para confirmar en la fe a sus hermanos. Fomentar este espíritu en la Iglesia Católica no tiene por qué disminuir lo más mínimo nuestro respeto y nuestro amor al Papa, ni se rebaja su figura entre nosotros o hacia fuera; más bien la engrandece, en cuanto su gobierno pastoral esté basado en la verdad cristiana y no en el poder mundano, y en cuanto la adhesión, el respeto y la obediencia de la comunidad tiene más importancia si está formada de hombres libres, responsables y adultos que por personas inmaduras, irresponsables y alienadas.

EVALUAR EL PASO DE JUAN PABLO II POR NUESTRA IGLESIA

Ya no hablamos del Papa en general, sino de éste, en concreto; y no de su actividad global, sino de este viaje pastoral que comentamos. No podemos ignorar ingenuamente las diversas lecturas posibles de este hecho, desde el punto de vista sociológico, pero menos aún desconocer sus raíces cristianas, su savia eclesial, su impulso espiritual. Sería una grave deformación profesional de pastoralistas y de teólogos quedarse en la corteza de los hechos, como en el *sacramentum tantum*, sin penetrar ante todo y sobre todo, con mirada de fe, en lo significado, en el don de la gracia, en la

presencia de Cristo, en la *res tantum* de este acontecimiento que ha vivido nuestra Iglesia. Sabemos bien que no podemos evaluar matemáticamente esos valores, pero podemos rastrearlos. También hay que reconocer que casi siempre se da por entendida la dimensión de fe, pero no viene mal explicitarla, tanto para evitar complejos vergonzantes cuanto para ser más completos, equilibrados y realistas en nuestro análisis –porque la fe podrá ser discutible para el agnóstico, pero para el creyente es una realidad esencial a tener en cuenta, sin la cual se desvanece lo demás; al menos, lo eclesial: decía Chesterton que escribir la vida de Francisco de Asís sin tener en cuenta a Dios sería como escribir la vida de Amundsen sin hablar del Polo Norte.

En este sentido hay que comenzar por destacar el hecho primario y radical de la convocatoria del obispo de Roma a nuestra Iglesia. En realidad –en realidad de fe, y por encima o por debajo de la experiencia material– las iglesias de España no han invitado a un forastero, sino que el obispo de Roma ha convocado a sus iglesias como pastor universal. Con su presencia el Papa ha reunido a los católicos de España en una inmensa asamblea, jamás conocida en nuestra historia secular. Si la Iglesia nunca es más *ecclesia* que cuando está reunida después de convocada, gracias al catalizador de este viaje hemos recibido una gracia de comunión y de convivencia fraternal entre nosotros mismos como jamás hubiéramos creído posible. Pensar que este inmenso sacramento de la gracia pueda pasar entre nosotros sin que el Espíritu haya fecundado ampliamente nuestras raíces cristianas individuales y comunitarias, me parece hasta blasfemo.

Lo cual no impide en modo alguno el sopesar después la actuación de nuestro hermano el Papa, distinguiendo lo fundamental de lo accidental, lo permanente de lo opinable, el ideal y lo posible. Sigue sin convencerme que en algunos momentos haya tenido que actuar como un jefe de Estado, rodeado de un séquito imponente, viajando en aviones especiales, y toda esa barroca escenografía que se ha montado en muchos sitios. ¿Qué tiene que ver un Papa, por ejemplo, con salvas de cañones? Y así otras cosas, como el que recibiera a los donantes mientras éstos seguían de rodillas, o diera por sistema la comunión en la boca, inclusive a los obispos cuando alguna vez no concelebrábamos, a pesar de que la misma Santa Sede autorizó en España las dos formas de hacerlo, en la boca y la mano.

Pero si estos detalles y circunstancias, más o menos evitables, nos impidieran ver otras realidades más importantes y verdaderamente sustanciales, caeríamos vergonzosamente en una actitud farisaica y sectaria. ¿Cómo olvidar su ejemplo en estos días? ¿Cómo ignorar su entrega incansable a todas horas, su celo pastoral, su talante celebrativo, su aura contemplati-

va? Cuando tantas veces la Iglesia ha sufrido en todos los escalones de las responsabilidades a personas y personajes que más bien parecían funcionarios, quizá honestos, pero fríos y lejanos, y celebrantes rutinarios que casi parecían disimular su fe en lo que hacían, ¿cómo podremos pagar el que haya estado tan cerca en estos días, en directo y por los medios de comunicación; haya entrado en millones de españoles esta imagen de un representante máximo de la Iglesia que transmite esta sensación total de convicción, de unidad completa y armoniosa entre lo que dice y lo que cree; entre sus palabras, sus gestos y su corazón? Los creyentes nos hemos sentido contagiados de su fe; los tibios, estimulados; y los agnósticos, interpelados, pudiendo comprobar que el Papa sí cree en lo que dice creer.

Es verdad que aquella presencia pasajera no queda ya más que en el recuerdo y, en todo caso y para pocos, en los «videos» y en las fotografías. Queda, sin embargo, del Papa algo más duradero: sus mensajes. O, mejor: su mensaje. Porque deliberadamente se tuvo la intención, por parte de Juan Pablo II y de los obispos españoles, de considerar el viaje como un todo globalmente dirigido a la Iglesia española en su conjunto, y así tocar diversos temas repartiéndolos en aquellos lugares donde por algún motivo especial fueran más revelantes, pero en principio dirigidos todos a todos los católicos de España. No podía decirnos nada nuevo, es verdad, que no esté dicho en el Concilio, en los Sínodos y en la misma doctrina pontificia, conocida por todos –por todos los que quieran y puedan, claro, que quizá no son muchos–. Tengamos en cuenta, sin embargo, que la inmensa mayoría del pueblo cristiano no suele seguir directamente la doctrina de los papas, y en este sentido el viaje ha supuesto una catequesis intensiva. Pero, además, quedará siempre el hecho de que estos discursos, extraídos de entre el conjunto de la doctrina y el pensamiento de la Iglesia actual, son como un solo mensaje global para nosotros, como una palabra que el Señor nos dirige para confirmarnos en la fe, estimularnos en la caridad pastoral y alegrarnos en la esperanza.

Por lo mismo, esta colección de mensajes puede y debe servirnos para mucho tiempo como una fuente donde podamos beber no solamente los pastores, sino todos los cristianos juntamente; una cantera en la que debemos trabajar los obispos, los teólogos, pastoralistas, catequistas y militantes cristianos. No basta con divulgarlo ampliamente, sino que es preciso enseñar a leerlo, destacando sus ejes principales, su conjunto, sus acentos, su relación con el Concilio y a la vez su posible incidencia con la realidad pastoral de cada diócesis, etc. Sólo así, en un mapa global, se podrá hacer una hermenéutica inteligente y sapiencial, donde los árboles no impidan ver el bosque y lo anecdótico no oscurezca lo fundamental. También aquí

«la letra mata y el espíritu vivifica». Y aunque algunos se rasguen las vestiduras, es preciso enseñar a nuestro pueblo a discernir el diferente peso de las palabras del magisterio pontificio, según las circunstancias y los temas, no por espíritu crítico ni por falta de fe o docilidad, sino precisamente para ser fieles a las orientaciones del mismo magisterio sobre su propio magisterio.

DISCERNIR LA RESPUESTA DEL PUEBLO CATOLICO DE ESPAÑA

Era un cierto misterio esta respuesta antes del viaje, teniendo en cuenta por una parte que se trataba de un hecho sin precedentes y para el que nos faltaba toda clase de relaciones y de experiencias anteriores, y por otra, el hecho innegable de que la sociedad y la Iglesia española han sufrido una notable transformación durante los últimos años: industrialización, urbanismo, cambios políticos, secularización de las costumbres, pluralidad de éticas, separación de Iglesia y Estado, etc.

Por lo mismo, ha sido a la vez más sorprendente, más nítida, más libre y más elocuente la respuesta masiva de millones de españoles que se hicieron presentes físicamente junto al Papa y otros muchos millones que estuvieron unidos moralmente a través de la radio y la televisión. Decir que todo fue como una sugestión colectiva, movida por los medios de comunicación social; o que asistían por puro folklore y curiosidad, como a un mero espectáculo, me parece irracional e insostenible, además de insultante para nuestro pueblo, que durante estos últimos años viene dando pruebas en momentos históricos y cruciales de una gran madurez y una profunda sabiduría colectiva. Asistir a cualquiera de los actos del viaje pontificio suponía, por lo menos, notables incomodidades; muchas veces, sacrificios, y en ocasiones, hasta peligros de posibles accidentes. Además, si bien se mira, y sin negar lo que de espectacular tenían algunos aspectos de las celebraciones, no se trataba de una religiosidad popular extralitúrgica, como procesiones y romerías, donde hubiera cabido más el aspecto folklórico, sino que casi todos los actos estaban centrados en el Sacrificio Eucarístico o Celebraciones de la Palabra, de estructura más bien sobria y hasta ritualmente rígida. No hay, en principio, otra explicación que la misteriosa llamada de la fe, de lo que podríamos llamar quizá «un cierto sentimiento de lo católico», metido en la masa de la sangre como un arquetipo ancestral del pueblo español.

No seré yo quien niegue la carga de ambigüedad que conlleva este fenómeno, como nos lo demuestra la experiencia de nuestra pastoral habitual cuando se trata de discernir actitudes cristianas y opciones evangélicas de este mismo pueblo. Tampoco hay que creer que por muy sincera que fuese la decisión de asistir a uno o varios actos durante la visita del Papa, ello suponía un cheque en blanco para la Iglesia Católica y todas sus exigencias, individuales o sociales, ni representaba como una conversión y un cambio de vida y de costumbres, en los que fuera necesario, que no serían pocos. Pero igualmente ilógico sería desconocer el hecho, el *test,* la encuesta, el *feed-back* que han dado nuestros pueblos al que quiera escuchar, para decirnos cómo son y cómo actúan en ciertas ocasiones. Si hablamos de los «signos de los tiempos», aun fuera del campo de la Iglesia, no parece demasiado suponer que también puedan ofrecérsenos adentro de la misma, aunque sean ambiguos y ambivalentes y necesiten un discernimiento, no más, por cierto, que los que se nos presentan en la historia secular. Y seamos honestos: si este fenómeno de masas lo hubiera protagonizado una figura eclesial a la que atribuyéramos un especial acento en proponer una Iglesia comprometida con la teología de la liberación y las luchas en favor de los pueblos y las clases oprimidas, o dicho de manera simplista, pero contundente, un «Papa muy de izquierdas», es muy posible que lo que ahora parece ambiguo o folklórico y que no vale la pena tener en cuenta, se hubiera considerado por muchos como un signo elocuente y positivo del poder de convocatoria que tenía tal clase de Papa y tal clase de discurso eclesial y de compromiso histórico en la lucha por la justicia. Confieso que yo probablemente estaría entre ellos. Pero por seriedad y por honestidad es preciso hacer un esfuerzo de lucidez y de sinceridad a la hora de razonar y dialogar.

Dicho lo fundamental, aludamos también a la estrategia, que es siempre legítima y necesaria, con tal que sea limpia. Son de admirar en esto los teólogos y pastoralistas de Latinoamérica, especialmente los más comprometidos con el pueblo. No sé si a ellos les entusiasma y si ellos comparten de corazón –¿y por qué no?– la experiencia de religiosidad popular tan fuerte que sienten aquellos pueblos; pero, en todo caso, admira cómo la conocen, la estudian, la respetan, la ayudan y orientan hacia una fe comprometida, liberadora, popular y encarnada, pero una fe que se mantiene viva, cálida, jugosa y gozosa, fuerte y valiente, sencilla y descarada. Yo temo si la vieja Europa, la España vieja en concreto, no cae en el absurdo, cuando busca una fe pura secando antes la experiencia religiosa, del que está cortando en el árbol la misma rama en la que está subido. ¿No podríamos aprender algo de esta experiencia? ¿No es de temer que si estas

aguas no se orientan hacia una buena eclesiología, en la línea y la continuación del Vaticano II, alguien intentará canalizarlas hacia atrás en actitud conservadora y restauracionista, aunque sea un pecado contra la historia y contra la fidelidad al Espíritu? No es inventar un fantasma hablar de las tendencias involucionistas aparecidas en la Iglesia, al mismo tiempo que una sociedad en crisis planetaria tiene miedo al futuro y resucita modas «retro» para tranquilizarse y engañarse con nostalgias. Pero si los amigos del futuro abandonan al pueblo, con espíritu elitista; o desconocen sus circunstancias y maneras de ser; o le piden imposibles, que pase a toda hora por horcas caudinas que no comprende; o no le educan y estimulan en la marcha, con tiento y con tacto pedagógico, calculando los ritmos que puede soportar, entonces el pueblo será incapaz de seguir adelante, y volverá hacia Egipto, en vez de pasar este mar Rojo de la historia actual en crisis que hay que superar hacia adelante, hacia el futuro, hacia la utopía, hacia el Reino –aunque modestamente se llame de momento «Vaticano III», por ejemplo.

ESCUCHAR LAS VOCES DEL ESPIRITU

El Espíritu de Dios *anima* –nunca mejor dicho– de manera declarada y descarada a la Iglesia, pero también la historia de los hombres y del mundo, aunque de modo más secreto y germinal. Los discípulos de la Sabiduría debemos tener oídos de discípulo y estar atentos a su enseñanza a lo largo de la vida. Las coincidencias de la historia y las circunstancias de todos conocidas hicieron coincidir para nosotros dentro de pocos días dos acontecimientos de diverso signo que pueden ser signos de Dios y signos de los tiempos: las Elecciones y el Viaje Pontificio.

Dentro de un tono de enorme serenidad, a la vez que de entusiasmo, el pueblo español ha salido a la calle para votar y para aplaudir al Papa. Además de la alta participación en un caso y en otro –y en los dos, no sin cierta sorpresa sobre los cálculos previstos–, ha votado mayoritariamente socialista un pueblo que ha reaccionado luego en gran parte católico y «papista». En muchos casos se trataba de los mismos ciudadanos; y en todo caso, dentro de un gran respeto y tolerancia mutua. ¿No supone todo ello un cierto salto cualitativo dentro de la marcha de la historia española, tanto de parte de la Iglesia como de la sociedad en general? ¿No puede estar significando uno de esos

momentos cruciales de los pueblos, por los que se está expresando, de manera un tanto intuitiva e inconsciente pero profundamente sentida, una actitud nueva ante la vida? ¿No habrá el pueblo español en estas dos semanas prodigiosas representado un gigantesco «mimo» secular-religioso, para expresar que ya se han superado las dos viejas fronteras en España, el inmemorial maniqueísmo entre derechas y creyentes por un lado y agnóticos y ateos por el otro, divididos por una frontera que nadie podía cruzar impunemente, como entre capuletos y montescos? Y habría que seguir profundizando: ¿Se ha producido esta eclosión sobre la nada, en el vacío, improvisadamente? ¿No será más bien fruto de un trabajo anterior, lento y modesto pero transformador, que ahora se ha expresado como en un sacramento, ante el catalizador o los catalizadores de las elecciones y la visita del Papa? Y mirando al futuro: ¿Qué sugerencias, mensajes y consejos pueden dar estos signos, estas voces del Espíritu y del pueblo, o del Espíritu en el pueblo?

Más arriba tuve que recordar con realismo que propiamente hablando no había en el mensaje pontificio nada nuevo respecto al magisterio eclesial contemporáneo, aunque eso no suponía que no fuera una fuerza y un impulso que debemos emplear, porque la novedad no siempre puede estar en lo inédito e inaudito, sino en la renovación por el Espíritu, que «hace nuevas todas las cosas». Pero si hay algo inédito en la experiencia de estos días, como un jalón recientemente descubierto con ocasión de esta experiencia, está, a mi juicio, en la conjunción en una sola sociedad de estas dos fuerzas: la religiosidad popular y la opción por un cambio hacia la izquierda; un catolicismo que vibra mayoritariamente con la experiencia religiosa, vivido en una sociedad secular y socialista, con la que se identifica en una gran parte, y que a su vez es respetada por los ciudadanos de la otra.

Creo que esta confluencia merece análisis más detallados y profundos, que yo no puedo hacer. Pero quiero sacar por el momento algunas consecuencias que podrían suponernos diversas exigencias.

Ya sé que el tema de la religiosidad popular y de la experiencia religiosa ha sido últimamente objeto de atención y de reflexión, por diversas influencias, como es el paso de Harvey Cox de su actitud en *La ciudad secular* a la de *La fiesta de los locos;* el movimiento de *Jesús People;* los redescubrimientos de las místicas orientales, y la experiencia latinoamericana de una religiosidad liberadora y comprometida. En España no pudimos ser completamente insensibles a estas sugerencias, y después de haber barrido casi todo lo posible en ese campo, se ha

vuelto a prestar cierta atención a lo que aún queda, donde la terca realidad ha sido más fuerte que los desinfectantes secularizadores. Pero, aun así, la atención a ese problema ha sido parcial, ocasional y un tanto convencional, como por compromiso, sin creer realmente que se trataba de un ser vivo y no de un vejete medio muerto. De pronto, en este viaje del Papa se ha mostrado con una fuerza insospechada, recia, segura de sí misma, impasible, alegre y perseverante, y esto lo mismo en las grandes ciudades que en las pequeñas y medianas, en ambientes rurales e industriales, en las mesetas o en la periferia. Este hecho, con estas características y circunstancias, es completamente nuevo, ya que, aun en el supuesto de que en siglos anteriores hubiera habido algo semejante, tendríamos en cambio que la sociedad española es en gran parte diferente a la de aquellos siglos en multitud de aspectos importantes.

¡Cuidado, por favor! No caigamos en equívocos ni vayamos a bandazos. No pretendo olvidar que la renovación litúrgica que hemos hecho y estamos viviendo en nuestra Iglesia no sólo es importante y lo más importante, sino también muy popular. En la mayor parte de nuestras Eucaristías se puede hablar con toda razón de una «religiosidad popular» también, por supuesto. Tampoco vamos a considerar como un ideal habitual –que además no se podría alcanzar– hacer concentraciones y misas con cientos de miles de fieles: no hay por qué identificar necesariamente «popular» con «multitudinario». En algunas parroquias del suburbio hay misas con menos de cien personas que son muy populares, por supuesto.

Lo que sí podríamos, en cambio, es recoger esta lección, en la que el pueblo nos recuerda que hay un estilo de expresión religiosa y litúrgica que le va, que necesita, con la que sintoniza y vibra, y que a la vez no es incompatible ni mucho menos con las grandes líneas de la liturgia de la Iglesia ni tampoco con los fundamentales contenidos de una cristología y una eclesiología actualizadas. Ese estilo sería indefinible, si quisiéramos clasificarlo, y además es plural dentro de su unidad: porque aun en esta experiencia conjunta ha habido sus matices, entre la Misa del Camp Nou o la de Avila, el acto del Bernabeu o el de Santiago, por ejemplo. Pero en conjunto habría que destacar la necesidad de luz y de color; la riqueza de símbolos, de sentimientos, de alegría o de dolor, de entusiasmo, de posibilidades de expresión comunitaria, de cantos populares y hasta de olores y de flores, de inciensos, de cirios y de adornos expresivos. La liturgia romana, tan escueta y tan sobria, quizá se queda un poco fría para nuestro pueblo, sobre

todo si nosotros la «amojamamos» y secamos todavía más, en vez de darle brillo y esplendor con toda la creatividad hoy hasta disciplinariamente autorizada en los nuevos rituales. En siglos anteriores, de apogeo creativo en la península, las diócesis visigóticas tenían grandes vínculos e influencias orientales, por encima y al margen de influencias romanas. Quizá los españoles somos más griegos que romanos, todavía...

Lo cierto es que todo ese innegable barroquismo era como la tienda de un anticuario al llegar la reforma litúrgica y llegar el Concilio. Hacía falta poner orden, limpiar el polvo, repintar, renovar muchas cosas y tirar también otras. Pero con una mal entendida vuelta a las fuentes –no hay más posible vuelta a la «Fuente» que la que podemos hacer hoy a la fuente del Espíritu, que por cierto nos empuja más bien hacia adelante–, una mal digerida teología de la secularidad y una generalmente floja cultura histórica, artística y litúrgica, lo que se hizo muchas veces fue simplemente tirarlo todo a la basura o venderlo al chamarilero, y quedarse con las cuatro paredes y un zócalo de formica... Hablo, sobre todo, metafóricamente; pero hasta literalmente se realizaron semejantes operaciones de «reforma». La gente, que tiene más paciencia que el santo Job, aguanta casi todo lo que le echen en silencio, pero cuando en otra parte le ofrecen algo mejor, también en silencio peregrina hacia otras tierras. En esas tierras, como oasis de la «religiosidad popular», volvían a encontrarse como en su ambiente. Pero allí también se había refugiado casi siempre una pastoral paternalista o autoritaria, una liturgia sacramentalizadora y no evangelizadora ni catequizadora, y una eclesiología ante cuando no anti-conciliar, y una concepción burguesa y aburguesada del cristianismo. Y así hemos tenido la desgracia, por culpa de los unos y de los otros, de un nuevo maniqueísmo: conservadurismo de neocristiandad con religiosidad popular, por un lado, y renovación eclesial con ausencia y hasta desprecio de la religiosidad popular, por otro.

COORDENADAS DE FUTURO

Recogiendo las principales líneas de fuerza anteriormente indicadas, con el fin de aprovechar pastoralmente los acontecimientos vividos por el pueblo español con ocasión del viaje del Pontífice, creo que habría que conjugar y conjuntar simultáneamente y en mutua dependencia los siguientes aspectos:

1.º Renovación eclesial

El Espíritu Santo, a través del Papa, nos ha invitado a la conversión, a la renovación, a dar un paso adelante en el camino de nuestra santificación individual y comunitaria. No ha insinuado siquiera que partamos de cero, ni ha denunciado desviaciones graves ni generalizadas. Pero nos ha estimulado a crecer y caminar más, mucho más, lo cual siempre es bueno, posible en el Espíritu y necesario para ser fieles a la llamada de Cristo. Debemos despertar una mística de santidad y de maduración sapiencial en la fe, tanto en las instituciones como en los corazones.

2.º Relectura del Concilio

Contra todos los agoreros y manipuladores, el Papa nos ha remitido siempre al Vaticano II, como piedra de toque de nuestra pastoral. La recepción de un concilio puede llevar muy bien una generación, especialmente si tiene la envergadura inmensa y la importancia trascendental que significa para la historia de la Iglesia el último celebrado. Muy fácilmente los pastores lo hemos dado por sabido y enseñado, y prácticamente arrinconado. Hace falta abrirlo otra vez, quitarle el polvo, leerlo y releerlo, meditarlo individual y comunitariamente, utilizarlo como espejo corrector para lo que ya hacemos y como impulso y orientación para lo que aún no hemos puesto en práctica.

3.º En los cauces de la religiosidad popular

Recogiendo las lecciones recibidas del pueblo en esos días, debemos renovar nuestra atención teórica y práctica a la vivencia religiosa de las masas, respetando su estilo, cuidando bien las formas de la celebración, tomando ejemplo del talante celebrativo de Juan Pablo II, adaptando los ritos dentro de lo legítimo, evitando estridencias y excentricidades que no hacen más que sorprender y soliviantar, cultivando los sentimientos comunitarios sin sentimentalismos, facilitando y estimulando la participación sencilla y espontánea de todos los presentes, etc. Al mismo tiempo, volcar en esos cauces el agua del concilio, con tacto, con pedagogía, con ritmo, con realismo, pero incansablemente, día tras día, año tras año, tomando y retomando, según las circunstancias, toda la riqueza doctrinal y pastoral que en él es encierra.

4.º Teniendo en cuenta la nueva sociedad en la que vivimos

Por la ley de la Encarnación, el permanente e inmutable núcleo del mensaje de Salvación en Jesucristo debe adaptarse indefinidamente a las circunstancias cambiantes de los hombres a los que se les anuncia. Para bien o para mal, la sociedad española ha cambiado en estos últimos años, y nosotros creemos que para mejor en su conjunto, por muchas razones que ahora no vamos a desarrollar, evidentemente. El papel de la Iglesia en esos cambios ha de reajustarse, abandonando ciertos «roles», encontrando otros nuevos, buscando un nuevo estilo en los que continúan vigentes. En ello estamos hace tiempo, y ya se perfilan ciertas líneas posibles de actuación, aunque todavía falta continuidad, experiencia, amplitud y asimilación de las mismas.

Queda aquí, por lo tanto, tarea para todos en estos años inmediatos. También aquí el Concilio Vaticano II y, como eco y refuerzo, los mensajes del Papa, pueden aportarnos principios fundamentales de acción sumamente válidos para la presencia de la Iglesia en una sociedad como la española, pluralista, constitucional, democrática y actualmente con un gobierno socialista. Una Iglesia de los pobres, fraternal, comunional, corresponsable, ministerial, sacramental, evangelizadora y servidora del mundo puede encontrar coyunturas de diálogo, comprensión y colaboración dentro del mutuo respeto, y, diluyéndose como levadura en la masa, aportar un «plus» que anuncie fundamentos más hondos, exija solidaridades más fuertes y prometa horizontes más anchos, recordando así que «el hombre es mayor que el hombre», porque es hijo de Dios. Este anuncio escatológico tendría más credibilidad desde una Iglesia que ya no está asociada al poder ni apegada y dependiente del plato de lentejas: una Iglesia, en suma, «libre de toda sospecha».

OBSERVACION FINAL

Al concluir mi trabajo deseo resituar las observaciones precedentes en el marco global de la pastoral de conjunto, como cuando en un mapa geográfico se hace una ampliación de las islas Sandwich, por ejemplo, pero se indica el lugar que ocupan entre otras tierras y el océano. He puesto el acento en aquellos aspectos de la actividad pas-

toral que con objetividad más relación podían tener, a mi juicio, con la reciente visita de Juan Pablo II. Eso no quiere decir que desconozca o menosprecie otras actividades, en las que estamos embarcados y en camino, como, por ejemplo, la búsqueda de cauces de corresponsabilidad eclesial en todos los niveles, como consejos pastorales parroquiales, arciprestales, de zona y diocesanos; el fomento y la atención de las comunidades de base, la renovación de la pastoral del sacramento del matrimonio o de la confirmación, etc. Sigo creyendo que la Iglesia debe buscar constantemente como el ideal mejor el ser comunidad de comunidades; que no debe haber discrepancia, sino colaboración y complementariedad entre parroquia territorial con espíritu misionero y comunidad de base; que la Iglesia debe estar formada por convertidos y convencidos, independientemente de ser muchos o pocos, aunque haya que convocar a todos, etc. Todo esto lo tengo escrito en otras partes, y lo daba por supuesto ahora, tanto más cuanto que los cuatro puntos que he indicado como líneas de fuerza para la aplicación del fruto del viaje del Papa pertenecen ya a la problemática de esos campos a los que acabo de aludir de una manera mucho más vital, con más rodaje, con mayores exigencias y con más prometedoras esperanzas. Pero *haec oportet facere, et alia non omittere...*